

niano y una preocupación eclesiológica, que responde a la fuerte crisis planteada por el llamado cisma de Occidente. Siguiendo línea humanísticas más que escolásticas aventuró algunas tesis exageradas en su formulación; pero en conjunto compuso una obra viva e interesante que es preciso tener en cuenta en la historia de la doctrina del cuerpo místico de Cristo.

En el n. 3 se recogen las cuestiones 3-6 de la obra *Reprobatio errorum* del agustino Amidani da Cremona, muerto en 1356, en la que respondió al requerimiento de Juan XXII de confutar a Marsilio de Padua. En las cuestiones citadas trata del primado, del origen de la potestad episcopal y de la jurisdicción de los presbíteros. Una obra típica del siglo XIV recobra alguna actualidad ante problemas hodiernos.

De la amplia obra de Domenichi, autor del siglo XV, se nos ofrece una pieza con ocasión de la proclamación de Doctora de santa Catalina de Sena. El panegírico de Domenichi, pronunciado en presencia de Pío II, es una muestra de la oratoria de la época, en el que se subrayan diversos aspectos de la santa sienense, se refleja la admiración existente hacia ella y se testimonia el amplio influjo que ejerció en la espiritualidad italiana. Al género oratorio, esta vez revestido de galas barrocas, pertenecen los capítulos de Ghetti de Roma, General agustino del siglo XVII. Se recogen fragmentos de su obra *Cetera davidica*, que viene a ser un comentario de la *Salve*. El texto interesa a la historia de la Mariología, campo en el que autor preanuncia algunas perspectivas eclesiológicas modernas y desarrolla fundamentalmente el tema de la maternidad espiritual.

Las cuidadas ediciones van precedidas de breves introducciones en las que Mons. Piolanti presenta y enmarca la personalidad de cada autor, informa sobre el conjunto de obra y califica el texto que edita. A parte del mérito de la edición de inéditos, la colección se presta a la utilización escolar fácil y provechosa para la que fue concebida.

J. Ignacio Tellechea Idigoras

4) Filosofía

Paul Kucharski, *Aspects de la spéculation platonicienne* (Louvain, Edit. Nauwelaerts, 1971) 392 pp.

Siguiendo una costumbre que se está haciendo ley en los investigadores, recoge este libro una serie de artículos, publicados en diversas revistas sobre el pensamiento de Platón. Algunos de ellos prepararon a este investigador a sus estudios fundamentales sobre Platón. Otros, son secuencia de los mismos. En todo caso el mismo autor confiesa que sus estudios en los que los problemas son examinados de un modo que generalmente no es exhaustivo. Tratan más bien algún aspecto interesante de la cuestión propuesta. Pero espera sean útiles a los lectores que buscan caminos y perspectivas nuevas en estos estudios.

Varios de éstos se relacionan con un tema hoy muy estudiado por los comentaristas de Platón. Nos referimos a la relación de éste con el *pitagorismo*. Y más especialmente sobre la relación entre las ideas platónicas y los números pitagóricos. Basta leer detenidamente el *Timeo* para advertir que

esta temática se halla muy motivada. Pero con el autor pensamos que no se puede exagerar tanto que se haga decir a Platón ser los cuatro primeros números significantes de las cuatro facultades cognoscitivas del alma. Con H. Cherniss creemos que el pasaje de Aristóteles en *De Anima* 404 b 18-27, no admite tal interpretación. Otro pasaje aristotélico se cita para afirmar que el pitagorismo admite un doble principio metafísico: el *Uno* y la *Diade*. Para esta opinión el *Político* y el *Filebo* dan algo más de fundamento.

Que la medida —*métrion*— tiene un valor primario en la concepción política de Platón es patente. Pero se exagera al ver siempre la medida en función de los números. No creemos que la expresión del *Timeo*: *ἡ λογικὸς καὶ ἀμέτρος* haya que entenderla en sentido matemático. Hoy el matematicismo en alza quiere leer signos matemáticos por doquier. Pensamos, sin embargo, que en Platón, entusiasta de la matemática, predomina, con todo, lo cualitativo sobre lo cuantitativo.

En torno a la disputadísima cuestión de si Platón abandonó en sus últimas obras la doctrina central de las Ideas, este intérprete no se inclina a ello. Se funda en que el dualismo siempre persiste. Pero, ¿se halla necesariamente ligado el dualismo —hoy diríamos mejor la Transcendencia— al hipotético mundo de las Ideas? En tan largo diálogo tuvo tiempo de mentarlas. No lo hace. Y sin embargo, el tema de Dios transcendente llegó a su *acmé*. Nunca Platón más teísta ni más religioso que en su diálogo *Las Leyes*. ¿Por qué se olvidó de su teoría de las Ideas? Cuánta pregunta sin respuesta continúa haciendo el viejo maestro desde su Academia.

E. Rivera de Ventosa

Hainz Happ, *Hyle. Studien zum aristotelischen Materie-Begriff* (Berlin Walter de Gruyter, 1971) XV-953 pp.

El autor de este monumental estudio ha desvelado plenamente su intención en la última página del mismo. Un extracto de la misma pudiera orientar en la lectura de la obra mejor que largos comentarios. Hemos hecho notar reiteradas veces, dice H. Haupp, que es algo fundamentalmente activo tanto el segundo principio platónico-académico cuanto la *Hyle* aristotélica. Y esta actividad no la recibe de la forma, como se ha venido diciendo, sino que la posee de sí mismo. Ernst Bloch ha llamado «*izquierda aristotélica*» a esa tradición filosófica que atribuye a la materia un poder activo y creador. Son sus defensores G. Bruno y los peripatéticos árabes. Y tiene sus precursores en Alejandro de Afrodísia y Estratón de Lámpsaco. H. Haupp cree que esta tradición es aún más rica. Pues dentro de ella filosofan los grandes maestros, Platón y Aristóteles y en la edad media impregna al gran doctor franciscano, san Buenaventura.

Con una sinceridad que rebasa el tema histórico, pero que revela su pensar, afirma H. Haupp que el concepto de materia queda de esta suerte revalorizado y que puede contribuir a aclarar los problemas actuales sobre las relaciones entre la Filosofía y la Física.

No nos toca ahora discutir esta actitud filosófica. Baste decir que la tesis de E. Bloch sobre la *izquierda aristotélica*, estudiada en Avicena, no ha tenido acogida entre los investigadores profesionales de la filosofía árabe. Citemos para España a M. Cruz Hernández. Por lo que toca a san Buenaventura,

sólo una transferencia incauta o partidista puede alinearle entre los defensores de un materialismo, larvado de aristotelismo.

Hecha esta importante advertencia, que es de justicia para el autor y para el lector, nos place constatar que este estudio voluminoso ha sido elaborado con máxima exigencia intelectual y con un dominio extraordinario, tanto de los textos originales como de los comentarios históricos y actuales que se han hecho del *Corpus Aristotelicum*. Entre estos últimos hemos podido advertir que son debidamente valorados dos valiosos estudios españoles: el de S. Gómez Nogales, *Horizonte de la metafísica aristotélica*; y el de L. Cencillo, *Hyle. Origen, concepto y funciones de la materia en el Corpus Aristotelicum*.

Sobre el contenido de la inmensa obra se ha de advertir que no se limita, contra lo que proclama el título, a analizar exclusivamente el concepto de *Hyle*. Pudiera decirse que no hay problema de importancia en la metafísica de Aristóteles que no sea de alguna manera estudiado, al menos de peso y como de soslayo. Un caso curioso que manifiesta esta amplitud es el análisis de los E E y K de la *Metafísica* y de su conexión o ruptura con los demás.

Entre los estudios mejor logrados creemos se halla el que dedica a la problemática de los primeros principios, el que analiza la *primera materia* como sustrato de los elementos, el que discute la materia y el conocimiento y, finalmente, el que investiga la significación de la *hyle noeté*, base de la concepción matemática de Aristóteles.

El lector toma conciencia de que rebasa por completo los límites del título de la misma, pues viene a ser una *summa* de cuestiones aristotélicas, planteadas por las últimas investigaciones sobre el gran pensador griego. Puede ser discutidas muchas ideas de las aquí propuestas. Pero es innegable que con este estudio el conocimiento de Aristóteles se ha enriquecido. El investigador ya tiene un nuevo punto de apoyo para lanzarse a nuevas indagaciones sobre este filosofar que es, en gran parte, el que nosotros tenemos.

E. Rivera de Ventosa

P. Butchvarov, *The Concept of Knowledge* (Evanston, Northwestern Univ. Press, 1970) VIII+325 pp.

Esta obra se publica dentro de una colección denominada «Northwestern University Publications in Analytical Philosophy»; su autor es profesor de filosofía en la universidad de Iowa. Dos datos sencillos que, sin embargo, quizá expliquen un poco el contenido que esconde un título, del cual en otras latitudes se esperarían cosas distintas.

«Este libro —comienza diciendo su autor— tiene como tema los fundamentos conceptuales de la epistemología. Su tarea central es el examen del concepto de conocimiento, pero en el curso de la investigación se ofrecen también detallados análisis de los conceptos de verdad necesaria y percepción sensorial. Y gran parte de la discusión está dedicada a las nociones de evidencia, creencia racional y criterio» (p. 3). Podemos decir que estas breves líneas resumen adecuadamente el contenido de la obra.

Se distribuye éste en cuatro partes. La primera (pp. 3-97) lleva por título «Conocimiento primario»; en ella se examinan los distintos tipos de conocimiento, su relación y la noción de evidencia. La segunda parte (pp. 99-183)

se titula «los objetos del conocimiento a priori», del cual se da una interpretación lógico-lingüística alejada de lo que se suele entender por tal en las tradiciones filosóficas del continente europeo. La tercera parte (pp. 185-266) lleva por título «conocimiento perceptivo primario» y es un largo análisis de la percepción sensorial, sus elementos y su extensión. Finalmente, la parte cuarta (pp. 267-319) se titula «conocimiento derivado» y se centra en el análisis del conocimiento deductivo e inductivo. La obra se completa con un índice de nombres y materias.

Es claro que, para el autor, epistemología es teoría del conocimiento científico y que ello agota el campo del conocimiento. Su raíz empirista no es disimulada y Hume es el autor más seguido y citado en una obra que no pretende distinguirse por su erudición. No hallará el lector ningún tipo de referencias a casi ningún filósofo europeo posterior a Kant que no sea de lengua inglesa.

Se trata, por tanto, de una obra de «escuela» en el preciso sentido del término, lo cual, si es innegable que reporta ventajas, tiene también el inconveniente de una cierta rigidez temática y conceptual. El tono de la exposición es sencillo y se trata de una obra que puede introducir en el tono y ambiente hoy habituales en la filosofía anglosajona. La presentación es en todos los aspectos irrepachable.

A. Pintor-Ramos

Giuseppe Angelini, *L'Ortodoxia e la Grammatica*. Analisi di struttura e deduzione storica della Teologia Trinitaria di Prepositino (Analecta Gregoriana vol. 183) (Roma, Universidad Gregoriana, 1972) 306 pp.

Es una tesis doctoral que contiene fundamentalmente dos partes: un estudio sobre la obra de Guillermo Prevostino (m. 1210), el famoso canciller parisiense, *Praepositinus* (pp. 1-190) y una edición del *Liber Primus: De divinis nominibus* de la *Summa* (pp. 192-303). La primera parte estudia la doctrina del Prevostino en el contexto de la gramática y de la lógica del siglo XII, como una estructura lingüística con las peculiaridades que ofrece el lenguaje acerca del misterio trinitario. Descubre unas diez proposiciones o axiomas, que resumen la concepción del autor acerca del contenido revelado, proponiendo el análisis y las reglas del lenguaje necesarias para hablar correctamente acerca de Dios Trino. Angelini lo sitúa en el contexto histórico inmediatamente anterior estableciendo paralelismos con Porreta, Pedro Lombardo y otros autores. La edición parcial de la *Summa* que ofrece en la segunda parte no es crítica, aunque constituye un gran avance en ese difícil camino. Se basa fundamentalmente en el manuscrito Vat. Ottob. lat. 601.

Se trata de un estudio muy importante para la historia de la gramática, la lógica y el lenguaje teológico en general, y permite explicar la posición de autores posteriores tan importantes como Tomás de Aquino.

Vicente Muñoz Delgado

Jan M. Broekman, *El estructuralismo* (Biblioteca de Filosofía, 1) (Barcelona, Herder, 1974) 201 pp.

La Editorial Herder, tan acreditada y benemérita, inicia una nueva colección a la que titula *Biblioteca de Filosofía*, cuyo primer volumen es esta obra que presentamos. Se propone con ello, como programa prefijado, «poner

al descubierto el replanteo de los problemas filosóficos y tratar de llegar a las raíces mismas de nuestra situación en una perspectiva que sirva para iniciar y divulgar».

El estructuralismo es hoy uno de los problemas de los que es necesario tomar conciencia y aclarar. ¿Logra iniciar en el estructuralismo esta obra que presentamos? Desde una fría actitud de profesor, inmerso diariamente en las posibilidades y alcance de cuantos se inician en estos temas la respuesta debe ser más bien negativa. Si para el que se halla iniciado carece de novedad, le falta a su vez la necesaria diafanidad que piden cuantos se acercan a estos problemas.

La obra tiene una parte fundamental en la que se expone la génesis del estructuralismo que de un modo algo restrictivo se limita a tres centros con su peculiar característica: el formalismo de Moscú; el estructuralismo de Praga; la síntesis y secuencia de París. Procede a esta exposición un capítulo en el que se intenta aclarar lo que es *estructura* a base de estos tres conceptos: *polisemia*, *contextualidad* y *permeabilidad*. Y cierra la obra otro capítulo sobre el filosofar estructuralista cuya peculiaridad se quiere percibir desde el doble concepto de «*series*» y «*ordo*».

Ante este esquema del libro volvemos a repetir el juicio inicial: Ni el concepto de estructura es analizado en sus notas esenciales, ni el pensar estructuralista puede recibir la iluminación debida del doble concepto de raíz clásica, «*series-ordo*». Menos del primero que del segundo. Por lo que toca a las ciudades en las que el estructuralismo se hace problema y vivencia, ni se recoge con ello todo lo fundamental de la temática estructuralista, ni lo expuesto se hace con la suficiente penetración.

Nos hallamos, pues, ante un libro de traducción que no añade nada a lo que ya sabíamos. Una vez más hay que anotar que estos libros pueden convertirse en follaje umbroso que impida la irradiación de nuestro propio espíritu. Enriquecimiento de todo lo bueno, sí; fronda inútil, en ninguna manera. Y de esta fronda hay mucha vegetación en nuestras editoriales. Hasta en las más beneméritas.

E. Rivera de V.

Realitas. Seminario Xavier Zubiri. I. Trabajos, 1972-1973 (Madrid, Sociedad de Estudios y publicaciones, 1974) 315 pp.

En el mismo año de la publicación de la obra de Zubiri, *Sobre la esencia*, aparición en la *Revista de Occidente* 1 (1963) 243-246, una presentación de la misma por Luis L. Aranguren. No escatima ponderaciones a este suceso filosófico. Entre ellas elegimos tan sólo la siguiente: «Es —dicho sea sin intención valorativa, como pura constatación— un libro *clásico* de filosofía».

El subrayado del vocablo «*clásico*» es del mismo Aranguren. Y el afirmar que la obra de Zubiri entra por las puertas de lo *clásico* es una máxima valoración de la misma. Por supuesto entendemos aquí el vocablo «*clásico*» con un sentido muy diverso a *clasicismo*. Sobre éste Zubiri sentencia que es mera repetición. Y lo *clásico* no quiere ser algo repetido. Quiere, sí, ser simiente fecunda de nuevas y siempre más sazonadas cosechas. En este sentido afirma Zubiri que los *griegos somos nosotros*. En cuanto que los griegos, al pasar, nos han dejado inmersas posibilidades de ser.

Esta breve introducción la creemos necesaria para ponderar en justicia cultural la obra que presentamos. Es fruto casi exclusivo del *Seminario*

Xavier Zubiri, organizado por un grupo de estudiosos de su pensamiento. Han creído estos investigadores, jóvenes en su mayoría, que su propio pensamiento podría ser fecundado en comunión intelectual con el gran pensador. Y se pusieron conjuntamente a pensar, a reflexionar, en la obra zubiriana. Y ciertamente con un mérito que Aranguren, tan delicado con el maestro, ha regateado a los discípulos.

Sus reflexiones, contenidas en esta obra que presentamos, pudieran distribuirse, retocando levemente la división propuesta por los prologuistas, en tres apartados distintos: *comentario, aplicación e insinuación*. Tres estudiosos, I. Ellacuría, A. del Campo y D. Gracia Guillén hacen aplicación de esta filosofía a dos campos tan importantes y tan dispares, como el *arte* y la *medicina*. M. Riaza y A. López Quintás utilizan la obra zubiriana para proyectar y aclarar sus propias ideas filosóficas. A estos tres apartados hay que añadir un estudio solitario de valoración crítica, en el que Montero Moliner pone en claro la necesidad que tiene la metafísica zubiriana de precisión y completez. Algo muy propio y peculiar de toda magna construcción.

Junto con estos estudios sobre la filosofía de Zubiri el libro publica dos aportaciones suyas sobre la *dimensión histórica* del ser humano y sobre el *espacio*. Como no es posible hacer el análisis de cada uno de estos estudios nos limitamos a algunas observaciones orientadoras.

El primer estudio de Zubiri es una ampliación de sus análisis metafísicos sobre la *historia*, que nosotros mismos hemos utilizado (cf. *Presupuestos filosóficos de la teología de la historia*, p. 40 ss.). Creemos que estos análisis culminan en este estudio que no podrá ser ignorado por cuantos intentan aclarar uno de los máximos problemas del hombre: su *historicidad*.

El segundo es un nuevo replanteamiento del problema del *espacio* y de la *espacialidad*, en el que se tiene en cuenta la inmensa problemática suscitada por las geometrías no-euclídeas y la nueva física. Es muy de subrayar cómo la tendencia realista de Zubiri interpreta el espacio como un momento en el sistema transcendental de lo real. En neta oposición al transcendentalismo kantiano y a todo idealismo.

De los tres estudios, comentario al pensamiento de Zubiri, el de I. Ellacuría aclara uno de los conceptos primarios de la metafísica zubiriana: el de *estructura*. Con reiterada insistencia se nos dice que no se trata en modo alguno de analizar los aspectos formales o formalizadores de la estructura, hoy tan estudiados, sino de la estructura inserta en lo íntimo de lo real. Este análisis se hace según dos consideraciones: la *talitativa* y la *transcendental*. Ambas se polarizan en torno a la esencia. Esta, en cuanto *talitativa*, es el grupo de notas necesarias y suficientes para componer una realidad que sea «tal». Estas notas forman siempre una estructura que es distinta si se trata de *notas constitucionales* o de *notas indiferentes*.

La esencia en cuanto *transcendental* también tiene una verdadera estructura. I. Ellacuría la estudia desde tres aspectos igualmente profundos: la esencia en la constitución de la realidad transcendental, en su dimensión y en su tipicidad. Culmina este sabio comentario con la exposición de la estructura de la realidad como totalidad y de la esencia como principio último estructural de la misma.

Muy clarificador es igualmente el breve estudio de Alberto del Campo sobre la *función transcendental* en la filosofía de Zubiri. Ante todo subraya que frente a la tradición clásica en la que los transcendentales son más

bien conceptos que la mente atribuye al ser en cuanto tal, en la filosofía de Zubiri es una dimensión física de toda la realidad. De tal suerte que la transcendentalidad compete primariamente al carácter inespecífico de la realidad. Por otra parte hace ver, contra Heidegger, que el ser está fundado en la realidad y que, por lo mismo, la realidad es el primer transcendental y el primer inteligible. Con ello, la metafísica de Zubiri viene a significar una instancia allende el ser, un paso más allá de Heidegger.

En la segunda parte del breve estudio se aborda la transcendentalidad en el plano del conocer. Muestra que la metafísica de Zubiri completa la crítica de Aristóteles al dualismo platónico, al reafirmar la unidad de acción que capta la unidad de lo real. Ello se debe a que la unidad intrínseca de la acción transcendental nos asegura la aprehensión de la realidad en su unidad constitutiva. La acción *sentiente* e *inteligente* no forman una síntesis de dos actos sino que vienen a ser una única acción transcendental con dos dimensiones.

El tercer comentarista, C. Baciero, quiere ir de la mano de Zubiri y más allá de Suárez en acceso a la realidad singular. Y después de exponer en un prelude breve y claro la metafísica de éste en torno al individuo, se adentra por la filosofía de Zubiri sobre la individualidad a niveles siempre más altos. Indicamos la temática de los mismos: individualidad y constitución; individualidad y sustantividad; individualidad y esencia; consideración totalitaria de la individualidad; consideración transcendental de la individualidad. Prospecta todavía un más alto nivel: la *individualidad humana*. Indudablemente, es el más interesante. Pero Baciero lo ha dejado para una reflexión ulterior, aún más madura.

Aplican la filosofía zubiriana al campo del arte y de la medicina los investigadores C. Fernández Casado y D. Gracia Guillén. El primero nos da una visión personal sobre la estética. Tiene su punto de partida en la genial distinción de Zubiri entre *cosa-realidad* y *cosa-sentido*. Con cierto unilateralismo sitúa todo el temario de la estética en la *cosa-sentido*. Es éste un mundo irreal creado por el hombre en tres modos diversos: la *ficción*, el *espectro* y la *idea*. Desde este esquema expone en qué consiste la vivencia estética, el acto poético y, sobre todo, se detiene a analizar la obra de arte: *poema, música, pintura, arquitectura, artes del ingeniero*. Concluye el estudio, inquiriendo en el sentido profundo del arte como expresión, revelación, enriquecimiento del mundo ambiental, como mensaje y testimonio.

La unión de metafísica y belleza es de recio abolengo clásico. Sin embargo, nos parece insuficiente la vinculación que se establece en este estudio entre la gran metafísica de Zubiri y el tema de la belleza. Quizá esta frase inicial resume todo un programa, mínimamente desarrollado: «Zubiri ha dicho en sus cursos que la intuición exhaustiva de un cenicero nos daría la visión de Dios» (p. 225). ¡Qué inmensa perspectiva de estética metafísica, sin asomarnos casi a ella! Creemos que, al limitarse estas reflexiones a la mera *factualidad* intramundana, se ha hecho perder el tema su mejor flón. La belleza puede ser estudiada en las *cosas-sentido*, obra del hombre. Pero con Heidegger hay que ser capaces de oír la voz de la *cosa-realidad* —en su terminología, la voz del ser— que nos habla de otra belleza, de la belleza *transcendental*. ¿Por qué no completar esta metafísica intramundana de la belleza con lo que dejó escrito Zubiri, demasiado brevemente, en *Naturaleza, Historia, Dios*, cuando afirma que «el efecto es siempre, en una u otra medida, la *imitación* formal de la causa»? Adviértase que esta fórmula metafí-

sica la dice de Dios respecto de sus efectos. Es decir; que todo efecto creado tiene un nimbo de belleza que procede de la Causa Transcendente. Breve reflexión que nos abre a otra metafísica más completa que la expuesta en este estudio, al que sólo de modo muy benévolo podemos juzgarlo vinculado a la metafísica de Zubiri. Reconozcamos, con todo, que esta metafísica sólo de modo muy latente deja entrever una estética, tanto en su vertiente intramundana, preocupación de este estudio, cuanto en su proyección transcendente.

Más ceñido a Zubiri y con una asimilación extraordinaria de su metafísica D. Gracia Guillén intenta utilizarla en la elaboración de una *Antropología médica*, a la altura de nuestro tiempo. Después de señalar los intentos que se han hecho en los siglos anteriores para organizar este saber, extracta de la metafísica de Zubiri algunos conceptos claves que deben ser incorporados a una *Antropología médica*. Juzgamos momento capital del estudio aquél en el que contrapone las dimensiones transcendentales del hombre normal: *perfección, estabilidad, duración*, a las notas peculiares del hombre enfermo: *imperfección, inestabilidad, inconsistencia*.

Pese a que esta temática es inmensamente rica, creemos que la metafísica intramundana —la que se utiliza aquí— puede y debe ser completada por la metafísica transcendente que halla la raíz última de nuestro ser humano en esa *religación*, tan subrayada por el maestro. Esto lo sabe bien este su discípulo. Por ello mismo, hubiéramos deseado alguna referencia a esta vertiente del gravísimo problema, que aún los profanos en medicina sabemos que tiene profunda repercusión en muchas dolencias humanas.

Dos posteriores estudios utilizan la obra zubiriana como *insinuación* para el propio pensar. María Rianza lo hace para estudiar su propia interpretación de la experiencia en la filosofía de Kant. Con la autora reconocemos en el pensamiento moderno un conato, siempre repetido y nunca logrado, por interpretar adecuadamente la experiencia. M. Rianza ve en la metafísica de Zubiri un punto orientador en el horizonte, al distinguir esta filosofía entre *visión* y *conceptuación*, como dos modos distintos de acercarse a lo real. Advierte que la obra de Kant no es más que un intento por explicar la experiencia desde la conceptuación. Con Zubiri piensa que hay una experiencia primera y más radical.

A. López Quintás, con la palabra fácil que le caracteriza, otea la filosofía de Zubiri en su futuro. Pero en vez de hacernos ver las posibilidades, insertas en la misma, es decir, lo que el mismo Zubiri entiende por posibilidades que otras mentes han de apropiarse, López Quintás refleja su propio pensamiento, «analéctico y suspensivo», muy sugerente, pero que hubiera sido tal vez muy necesario distinguir del pensamiento del maestro. La cita que hace de Jaspers sobre el pensamiento en suspensión —*in der Schwebe*— es una prueba más de la vasta información de este investigador. Pero desde la historia de las ideas no parece fácil hacer entablar un diálogo entre Jaspers y Zubiri. Tan a la mano como se ofrece en otras ocasiones este diálogo. Por ello, creemos que el futuro de la filosofía de Zubiri debiera verse más desde su poder de fermento que desde otras preocupaciones comparativas, cuando son, sobre todo, algo forzadas.

Concluimos estas reflexiones con un comentario al estudio crítico de F. Montero Moliner, *Esencia y respectividad según Xavier Zubiri*. Pondera con justicia histórica la capacidad y decisión de Zubiri para hablar de la *esencia* en momentos de tanta oposición a este concepto clásico. Pero quienes

se escandalizan de ello, no advierten que este es un término de necesario uso para todo aquel que reflexione sobre el estrato fundamental de *lo que es*.

Desde su visión crítica de la obra de Zubiri dos objeciones surgen ante Montero Moliner. La primera versa sobre las tensiones e incongruencias al elaborar el concepto de individualidad. La segunda surge de la gnoseología, no suficientemente explicitada y que parece insuficiente.

Montero Moliner valora el conato zubiriano por superar la enigmática concreción de la esencia universal a través de la materia, según opinaba Aristóteles. Pero lamenta igualmente el que Zubiri no precise el criterio para distinguir lo que compete a la individualidad como *nota constituyente* o como *nota adventicia*.

Todas estas notas constituyen un sistema. Este sistema es lo que Zubiri llama la *sustantividad de la realidad*, frente a la *sustancialidad aristotélica*. Zubiri piensa que la unidad sustantiva del sistema de notas se aclara con el concepto de *respectividad*. Ante ese nuevo concepto Montero Moliner comenta que, si bien la doctrina de la *respectividad* es altamente sugestiva, su valor no va más allá de lo que tiene de sugerencia. Es decir; que adolece de importantes deficiencias en cuanto a la plenitud de su planteamiento y precisión de su desarrollo.

También halla Montero Moliner dificultades en la interpretación que hace Zubiri de la *individualidad humana*. Si la absorción de lo particular en la totalidad cósmica afecta a los vivientes, ¿cómo puede Zubiri presentar al hombre como una individualidad rotundamente encerrada en sí misma, recortándose sobre la unidad esencial de la materia cósmica? Por otra parte, parece que queda sin resolver el problema de la individualidad de lo singular no humano, al no determinarse el modo de su clausura.

En la segunda dificultad sobre la gnoseología zubiriana Montero Moliner se endurece aún más al juzgar endebles las reflexiones de Zubiri sobre la misma. Reconoce Montero Moliner que ha dominado en el pensamiento moderno una exagerada preocupación por lo subjetivo. Zubiri, por el contrario, se sitúa al extremo opuesto. Pero no parece legítimo, razona nuestro crítico, desentenderse de los procesos mentales para intentar lograr de modo inmediato la potencia de las cosas. Lamenta igualmente el que Zubiri no haga mejor uso del *logos* verbal para adentrarse desde el mismo a la intimidad de lo dado. Sus vagas sugerencias semánticas no impiden el echar de menos un análisis de los procesos mentales y lingüísticos. Reconoce, sin embargo, que es un mérito de la gnoseología de Zubiri haber vuelto a enfrentarse directamente con la realidad frente a los juegos lingüísticos hoy en uso.

Quizá lo mejor de la crítica de Montero Moliner sea su último juicio. Ciertamente, dice, Zubiri no resuelve el problema de la esencia. Pero, ¿cabe esperar en verdad que un libro resuelva un problema cualquiera? Lo que no se puede negar es que plantea sugestivas perspectivas para su dilucidación.

Creemos que este juicio es la mejor respuesta a las propias objeciones de Montero Moliner, de las que se pudiera discutir —y disentir— largo y tendido. Sentimos que en esta ocasión no lo podamos hacer. Pero estas mismas objeciones, tan noblemente propuestas, dicen muy alto que en España se está pensando con hondura en una *nueva y gran metafísica*. Una nueva aurora amanece para ella.

Esto sea dicho para que lo lamenten los muchos que hoy viven de espaldas a los problemas metafísicos del hombre. Pero también para que se feliciten, filósofos y teólogos, de tener a su mano un conjunto sistemático de conceptos ontológicos de los cuales se ha de partir para aclarar al misterio del hombre en su naturaleza, en su historia, en destino eterno.

E. Rivera de Ventosa

Hans-George Gadamer, *Kleine Schriften*. III. *Idee und Sprache. Platon, Husserl, Heidegger*. J. C. B. (Paul Siebeck) (Tübingen 1972) 271 pp.

La presentación que el mismo Gadamer hace de estos pequeños estudios es más orientadora que un largo comentario sobre los mismos. En su mayor parte, dice Gadamer, los trabajos de este volumen tienen un carácter muy distinto a los estudios publicados en los dos volúmenes precedentes. No se trata aquí de trabajos complementarios, ni de adiciones o ampliaciones de temas expuestos, sino más bien de esbozos de libros que no han llegado a suficiente madurez para poder ser publicados. Los estudios sobre Platón, confiesa, son el fruto de una larga preparación de diez años. Las aportaciones a la fenomenología de Husserl y al pensamiento de Heidegger se hallan dominados por el interés de una problemática constante. Los dos puntos capitales de la misma quedan subrayados por la cuestión común que pregunta sobre si los conceptos de la tradición metafísica agotan lo que Platón ha intentado enseñarnos con su teoría de las ideas por un lado, y por otro con su teoría lingüística. En unión con el estudio sobre la dialéctica de Hegel afirma Gadamer que forman una especie de comentario al tema actual: *Hermenéutica y Dialéctica*.

Esta presentación señala bien la intención del autor al publicar estos estudios. Por nuestra parte nos permitimos añadir que uno de los que más nos han interesado ha sido un breve sobre Nicolás de Cusa. «*Filosofía actual*», llama Gadamer a la filosofía del Cusano. Es ciertamente interesante para nuestra sensibilidad histórica percibir en el famoso Cardenal algunas de nuestras máximas preocupaciones actuales. El *oír la palabra* y no sólo percibir la figura sensible o espiritual es una de las grandes perspectivas del horizonte filosófico de hoy. Gadamer cita tres nombres autorizados: F. Ebner, Fr. Gogarten y M. Buber. Y halla en Nicolás de Cusa un antecesor de esta peculiar y fecunda orientación filosófica.

Por lo que toca a otros estudios esperábamos algo más de la pluma autorizada de Gadamer. *Heidegger y el lenguaje de la metafísica* deja un regusto poco sabroso. Se esperaba algo más. Digase lo mismo del último de los estudios: *Semantik und Hermeneutik*.

Está visto que ni los sabios más autorizados están siempre dispuestos a elaborar estudios de alto nivel. La montaña espiritual exige también la bajura del valle en que se asienta.

E. Rivera de Ventosa

Manfred Walther, *Metaphysik als Anti-Theologie. Die Philosophie Spinozas im Zusammenhang der religionsphilosophischen Problematik*. (Hamburg, Felix Meiner Verlag, 1971) VI-175 pp.

Raro destino el de algunos pensadores como Spinoza. No logran formar escuela y, sin embargo, su pensamiento es fermento perenne en otras inteligencias. Más que enseñar filosofía han vivido un problema de los que afec-

tan al eterno destino de las conciencias. Bien lo percibió aquí en Salamanca M. de Unamuno cuando escribe: «Tomad al hombre Spinoza, a aquel judío portugués desterrado en Holanda; leed su *Ética* como lo que es, como un desesperado poema elegíaco, y decidme si no se oye allí, por debajo de las escuetas y, al parecer, serenas proposiciones expuestas *more geometrico*, el eco lúgubre de los salmos proféticos. Aquello no es la filosofía de la resignación, sino la de la desesperación».

Tal vez no todos vean una filosofía de la desesperación en la filosofía de Spinoza, quien se pasa la vida puliendo tranquilamente cristales para ganarse el pan diario que no ha querido recibir, a costa de renunciar a la plena autonomía de su razón, ni de la sinagoga judía de Amsterdán, ni de la universidad de Heidelberg. Pero indudablemente la frase citada de Unamuno apunta al tema central de su filosofía. Con título llamativo lo señala igualmente el autor de la interesante monografía que presentamos. Teología y metafísica se han dado muy fácilmente la mano. Pero la historia del pensamiento conoce momentos en los que chocan entre sí. Tensas ambas hacia la meta de lo Transcendente, señalan distintos caminos para llegar a ella.

Indudablemente, tanto la teología como la metafísica sitúan a la mente humana frente al Ser Pleno. Pero mientras la teología se preocupa de precisar las debidas distancias entre el Ser Pleno y el ser finito que quiere acercársele, y, por otra parte, acepta el mensaje revelado cuando éste tiene lugar por benevolencia del Ser Pleno, la metafísica se ha autonomizado en ocasiones y ha intentado alzar el vuelo ella sola hasta Dios para realizar plenamente la perfección humana en vinculación con El.

Ya en la antigüedad la filosofía de Plotino quiso ser una metafísica salvadora al margen de toda revelación y ayuda externa. El retorno al Uno, Primer Principio, lo ha de realizar el espíritu humano por su propio esfuerzo, empujado por la potente y misteriosa fuerza del *Eros*.

Es esto lo que de nuevo quiere ser la metafísica de Spinoza bajo influjos neoplatónicos indiscutibles. Inserto en la tradición judía que acepta la divina revelación, Spinoza renuncia a ella y sin otra ayuda que su propia razón quiere curar al hombre de toda dolencia y llevarle a la conquista del «*amor Dei intellectualis*» en lo que consiste la suprema perfección humana. Y también su suprema dicha.

El libro que presentamos nos da una síntesis clara y precisa de esta metafísica, en la que los motivos religiosos lo invaden todo. Pero en oposición radical a toda *teología*, esta metafísica no tiene otro sostén que el *logos* del propio espíritu.

Esta faena del propio espíritu en su autoperfeccionamiento se expone en este estudio con toda claridad. Los que ya conocen la filosofía de Spinoza hallarán en el mismo un preciso y logrado resumen de su pensamiento. Los que no se hayan adentrado en este pensar, una introducción iluminadora al mismo.

Lamentamos, con todo, no se hayan utilizado los estudios de Paul Siwek sobre Spinoza. Es uno de los investigadores que conoce mejor la filosofía de este judío pensativo. Que ha hecho y hacer pensar.

E. Rivera de Ventosa

Norberto Cuesta Dutari, *El maestro Juan García, presbítero, natural de Zafra (1752-1830), segundo catedrático de Álgebra en la Universidad de Salamanca desde 1774 y creador de su Colegio de Filosofía en 1792*. 2 vols. (Acta Salmanticensia, Historia de la Universidad, 25 y 26) (Universidad de Salamanca, 1974) 608 y 335 pp.

Juan Justo García, además de catedrático de álgebra, fue uno de los animadores de lo que pudiéramos llamar la facción 'progresista' dentro de la Universidad de Salamanca a fines del siglo XVIII y principios del XIX, periodo clave en muchos aspectos. Fue el sostenedor decidido del nuevo Colegio de Filosofía, cuyo proyecto animó, en el que los matemáticos ocupaban un destacado lugar, con planes renovados, abierto a la filosofía moderna, decidido partidario de la supremacía de las ciencias. Los partidarios, sobre todo teólogos, de la antigua filosofía, la consideraban como el mejor apoyo de la religión, atacada ahora por los modernos según ellos. Les declararon la guerra santa. Luego pasaron los franceses por Salamanca y la dejaron muy dañada, más tarde «el deseado» la terminó de maltratar. En fin, Norberto Cuesta Dutari, catedrático de análisis de Salamanca, nos da, a través de García, una muy amplia panorámica de los conocimientos matemáticos de la época en España, pero también de todo este período en la Universidad. Lo hace siempre apoyándose con enorme profusión en documentos sacados a la luz por él tras un gran trabajo de investigación, pero, desgraciadamente, no empleando el mejor método.

Libro interesante para los preocupados en la historia de la Universidad de Salamanca, así como en la de Salamanca a secas en muchas ocasiones, pero, también, para los que se interesan por las relaciones entre filosofía y ciencia en esta época en España, a través del espejo salmantino.

Alfonso Pérez de Laborda

Alexandre Koyré, *Etudes galiléennes* (Historia de la pensée, XV) (Paris, Hermann, 1966) 341 pp.

Presentar en 1975 este libro se sale fuera de lo normal. Originalmente fue publicado en tres volúmenes de la célebre colección *Actualité scientifiques et industrielles* del editor Hermann en 1939, aunque, en parte, recogían artículos publicados desde 1935. El mismo editor tuvo la buena idea de, reunidos en un solo volumen, reeditarlos en su estupenda colección *Historia del pensamiento*. Pero, me toca presentarlo. Como no es el caso de hablar de su novedad, aprovecharé para, una vez más, rendir homenaje a su autor, ruso polifacético asentado en París desde su juventud hasta su muerte. Es Koyré uno de los mayores renovadores del estudio serio —y relevante para la filosofía— de la historia de las ciencias. Me limitaré ahora al problema siguiente: Galileo, ¿fue platónico o aristotélico? Nuestro autor es el más grande campeón de su platonismo. Otros, por ejemplo Geymonat, sostienen la opinión contraria, optando por su aristotelismo. ¿Dónde está la importancia de la discusión? Primeramente en el propio Galileo. Fue, como otros grandes italianos de la época, un *ingeniero*, es decir, un hombre de la práctica y de los experimentos. Por otro lado, las grandes leyes que él enunciara, la ley de caída de los cuerpos y la ley de inercia, conllevan necesariamente la *no-referencia a la práctica*, su pureza radical, a la cual podríamos llamar legal-matemática. ¿Cómo conciliar ambos supuestos? Fácilmente se ve que otro

tanto puede decirse del método científico al que nos tiene acostumbrado la ciencia, del que Galileo es el gran iniciador. ¿Cuál es el papel de la teoría? ¿Cuál es el de los hechos o experimentos? Para unos, las teorías —la ciencia— serán construcciones ideal-matemáticas, deductivistas por tanto, sin mezcla alguna de experimentalismo en la composición de sus leyes, deducibles únicamente de principios puestos en la razón o por la razón, la que se encuentra en total consonancia con la realidad y sus leyes. Para los otros, las teorías no son sino el paso último de un proceso práctico-experimental, inductivista esta vez, en el cual simplemente descubrimos lo dado en la realidad (material), supuesto como evidente que la razón tiene la facultad de conocerla, así como también las leyes que la rijen.

Digase lo que se quiera, el problema es arduo y es fácil que nunca se resuelva satisfactoriamente, ni que los partidarios de una o de otra opción —o aquellos que recurran al pasteleo o a la incredulidad— se pongan de acuerdo. Pues bien, hablando de Galileo —y de la historia de la ciencia— esta polémica adquiere los músculos y la piel. Koyré es, precisamente, uno de los primeros y más grandes de entre los que pusieron las bases históricas de la discusión.

Alfonso Pérez de Laborda

W. Schneiders, *Die wahre Aufklärung. Zum Selbstverständnis der deutschen Aufklärung* (Freibur-München, Verlag Karl Alber, 1974) 247 pp.

El subtítulo, «Acerca de la autocomprensión de la Ilustración alemana», refleja el contenido de esta interesante monografía. El autor comienza por subrayar la actualidad de la Ilustración en varias corrientes filosóficas actuales y la multiplicidad de significados que se dan a este término, sobre todo en Alemania. Para abrirse paso en este engorroso problema, el autor recurre al siglo XVIII y al modo de comprenderse a sí mismo como siglo de la razón y siglo ilustrado. Fue allí donde la pregunta «¿Qué es la Ilustración?» dio lugar a una abundante literatura polémica, en la que también intervino Kant. La Academia prusiana convocó un concurso en 1780 con este tema en litigio y ello desencadenó una abundante literatura avivada por el hecho de la muerte de Federico II de Prusia (1786) y la sucesión en el trono por parte de Federico Guillermo II; pero el momento y el factor más decisivo fue, claro está, la Revolución de 1789. «El tema de la presente investigación es la aludida Ilustración (*Spätaufklärung*)» (p. 22). El autor espera que el estudio de esa disputa sobre la esencia de la Ilustración en las fases finales de la última literatura ponga de relieve sus diversos aspectos y, al mismo tiempo, sirva para definir con un poco de precisión lo que es la *Aufklärung*, distinta en puntos fundamentales del *Enlightenment* y de las *Lumières*.

Toda la segunda parte, en tres capítulos, está dedicada al examen de esa literatura. El primer capítulo la estudia como producto del racionalismo en su aspecto religioso, político, práctico, crítico; los nombres de Mendelssohn (pp. 43-51) y Kant (pp. 52-61) son los más destacados. El segundo capítulo estudia la polémica con la reacción conservadora, favorecida por el nuevo príncipe prusiano. El tercero estudia su aspecto revolucionario a la luz de la Revolución.

La tercera parte (pp. 189-214) es más breve y lleva el título general de «aporias de la Ilustración». En ella se busca sistematizar los aspectos del problema y, al mismo tiempo, señalar sus límites. Termina con unas intere-

santes consideraciones, bajo el epígrafe «¿Cómo es posible la Ilustración?» en las que el autor recoge los condicionamientos y limitaciones de todo ideal de emancipación.

La obra prestará un notable servicio historiográfico por el análisis de una abundante literatura hoy casi olvidada, de la que ofrece un registro al final de su estudio (pp. 237-44) que sobrepasa los ochenta títulos. La obra tiene interés por iluminar un aspecto importante en un periodo decisivo para Europa. La dicción es flúida y clara y la presentación moderna y agradable.

A. Pintor-Ramos

G. B. Madison, *La Phénoménologie de Merleau-Ponty. Une recherche des limites de la conscience* (Paris, Klincksieck, 1973) 283 pp.

Esta memoria de doctorado ofrece gran interés. Aunque el pensamiento de Merleau-Ponty presenta una notable dificultad, también es cierto que existen notables estudios sobre él. Su prematura muerte a los cincuenta y tres años dejaba una obra inconclusa cuyo centro seguían siendo las dos grandes obras de la década de los cuarenta: *La estructura del comportamiento* y *Fenomenología de la percepción*; es en cierto sentido lógico que en ellas se hayan centrado los intérpretes.

Pero es sabido que en el momento de su muerte el filósofo trabajaba intensamente en una completa refundición de su pensamiento, alejado ya en puntos esenciales del horizonte primero. De todo ello sólo nos restan fragmentos inacabados que, sin embargo, parecen apuntar a una completa revisión del principio fenomenológico del que se había partido y se convierten, así, en una búsqueda de los límites de la conciencia —como apunta el subtítulo de este trabajo— y, por tanto, de los límites de la Fenomenología clásica.

Este trabajo toma en serio las intenciones esbozadas por el filósofo y se concede primacía a ese legado como la más precisa formulación de su pensamiento maduro. No es sólo un estudio sobre lo que llamaríamos «el último Merleau-Ponty» —cosa que ya sería valiosa—, sino una recuperación de las primeras obras a la luz de los últimos escritos, tal como puede conjeturarse que los leería entonces el propio filósofo.

El primer capítulo recoge las líneas fundamentales de aquellas dos obras primeras y se dedican los otros cuatro capítulos al estudio del último legado. La pintura, el lenguaje y la filosofía son los tres campos a través de los cuales se desemboca en una ontología «en estado naciente» que sería una vuelta consciente a la filosofía del ser, la cual, si en cierto sentido recuerda el problema de Heidegger, también es una recuperación de la cuestión eterna de la filosofía.

La obra se va desplegando en distintas capas hermenéuticas con una información histórica completa y servida siempre con sobriedad. La obra se coloca en el centro de la problemática de la actual fenomenología francesa y P. Ricoeur no es sólo el prologuista entusiasta, sino también su claro orientador. El problema es importante en sí y la imagen de Merleau-Ponty que dibuja esta obra muestra su actualidad y su inquebrantable rigor, a pesar de las indudables lagunas de un proyecto inconcluso, más sensibles aún en una filosofía calificada ya habitualmente como una «filosofía de la ambigüedad».

Pienso que este estudio obligará en adelante a tomar en serio el legado póstumo del filósofo francés. Trabajo muy recomendable para todo interesado en Merleau-Ponty y en el movimiento fenomenológico, no lo es menos para los cada vez más numerosos interesados en el círculo de cuestiones filosóficas que gravitan sobre obras como la de Ricoeur o de Waelhens. La presentación es sencilla, pero digna.

A. Pintor-Ramos

H. Homann, *F. H. Jacobis Philosophie der Freiheit*, Symposium n. 43 (Freiburg-München, Verlag Karl Alber, 1973) 304 pp.

La figura de Friedrich Heinrich Jacobi (1743-1819) pertenece a la gran época creadora de la cultura alemana; quizá ello explique que, no siendo personalidad nada desdeñable, haya quedado olvidada entre los gigantes con los que le tocó vivir. Polemista, enemigo de todo racionalismo ilustrado, se trata de uno de los iniciadores del Romanticismo alemán y formulador de una filosofía de la fe que se presenta como enemiga de todo Racionalismo.

Esta obra, de recia contextura teutónica, es una especie de *Summa* de Jacobi. El autor quiere mantener una actitud rigurosamente histórica y desecha todo intento de «actualización de Jacobi» (p. 267); de ahí que cada afirmación lleve su rigurosa prueba documental y no se pretende otra cosa que escribir un capítulo olvidado por la historia monumental de la filosofía. Pero esto no deja de ser matizable, pues el autor acepta, siguiendo a Gadamer, que sólo es posible una lectura del pasado desde las preocupaciones del presente (p. 9 ss.).

No sólo se estudia directamente el pensamiento de Jacobi, sino toda la investigación sobre él. Los dos últimos capítulos (pp. 204-66) están dedicados a este problema. El autor cree poder tipificar las lecturas de Jacobi en dos grupos: una epistemológica (*erkenntnistheoretischen*) y otra como filosófica de la vida (*lebensphilosophischen*), patrocinada esta última por O. F. Bollnow (p. 265). Piensa que se ha atendido poco a sus circunstancias, tan decisivas en este caso, y propone el concepto de libertad como hilo conductor de su estudio.

El primer capítulo es biográfico (pp. 21-37) y estudia los hechos destacables de la vida del autor. El segundo (pp. 38-133) es el más extenso y estudia la interpretación y crítica de su tiempo por Jacobi en cinco apartados que representan los distintos aspectos del tema de la libertad. El tercer capítulo (pp. 134-204) estudia la filosofía positiva de Jacobi —*Glaubensphilosophie*— a partir de su actitud ante el spinozismo; es la parte no del todo olvidada por los historiadores.

La obra lleva una impresionante bibliografía (pp. 270-94) que recoge todo lo escrito por Jacobi, publicado e inédito, y lo escrito sobre él y su tiempo; mejor dicho, casi todo porque falta precisamente el único estudio que conozco en castellano sobre Jacobi.

Desde el punto de vista metodológico, esta tesis doctoral no tiene fisuras; el autor estudia, maneja y critica todo lo escrito por y sobre Jacobi. Sea o no definitiva su lectura —y ninguna lo es—, será punto de partida para toda investigación futura porque es una magnífica puesta a punto de todo el material utilizable. Los índices de nombres y materias aumentan su valor.

El editor merece reconocimiento por la publicación de una obra como esta que es una pieza más para penetrar en el rompecabezas que es este momento decisivo de la filosofía alemana.

A. Pintor-Ramos

Robert Nisbet, *La formación del pensamiento sociológico*, trad. de Enrique Molina de Vedia (Buenos Aires, Amorrortu editores, 1969) 190 pp.

Tomo segundo, en su edición castellana, de esta interesante obra del sociólogo americano Nisbet. Puede decirse que versa su contenido sobre la historia del pensamiento social. Y es interesante, aparte de la destreza con que sus capítulos se ven desarrollados, por el modo de hacer esa historia, que consiste en presentarla no por orden cronológico de autores o por división de orientaciones o escuelas, sino recurriendo a una selección temática. Esta selección se concreta en los tópicos siguientes: comunidad, autoridad, status, lo sacro, alienación. Podrá decirse que cabría haber tomado en cuenta otros asuntos o algunos más de los propuestos. Pero no cabe duda que en torno a éstos ha girado buena parte de la investigación y teoría sociológicas, y pueden ser ellos en concreto los que mejor sirven al propósito del autor, que es presentarlos como lugar de contraste de las orientaciones en este campo de estudios, fundamentalmente dos, una de ellas protagonizada por Tocqueville y la otra centrada en Marx. Los temas tratados en este volumen son los tres últimos señalados. Los autores principales que una y otra vez son citados a examen son: Tocqueville, Marx. Tönnies, Durkheim, Weber, Simmel. Pero la obra se desenvuelve con agilidad por la literatura sociológica en la época de formación de esta disciplina, sobre todo la que afecta a la época comprendida entre 1830 y 1900, sobre la que se interroga el autor si no es «la edad de oro de la sociología» (p. 183).

El modo como Nisbet trata el asunto o los varios asuntos de su libro podrá parecer a ciertos lectores confusionista. No muestra demasiada consideración por las formas convencionales de entender términos como por ejemplo el de «alienación». Conserva en todo caso la palabra, mas para llenarla de un contenido más amplio y más operatorio en orden a aplicarla a los análisis sociales. Así se nos dice: «con la idea de alienación quiero significar algo que desborda considerablemente el empleo marxista del término», aunque el significado que le asignaron los marxistas haya sido la vía por la que dicho término se ha instalado en la literatura actual. Hablando de «lo sacro», lo mismo que cuando habla de «comunidad», se fija en el fenómeno de «rediscovery» de esas categorías que parecían corresponder a experiencias de vida pasada.

En la página 66, con relación a lo sacro, se dice: «la tipología de lo sacro-secular tiene la misma significación metodológica que la de comunidad-sociedad, la de status-clase y la de autoridad y poder». Utilizando como marco conceptual de análisis esas contraposiciones cabe extraer resultados esclarecedores no sólo sobre los conceptos en cuestión sino sobre la naturaleza y dinámica de la sociedad. A través de ellos, en efecto, penetra Nisbet en su tema, con notable aportación de información histórica, que interpreta desde dentro, deja ver las tensiones de fuerzas y de ideas que dan como resultado las diversas orientaciones de la sociología en su período de formación. Por citar como ejemplo el desarrollo comprendido en el capítulo dedicado a estudiar el status, se expone en él la concepción de Tocqueville, que le toma como magnitud básica de estratificación en la sociedad capitalista, magnitud que procede de la erosión y fragmentación de la clase, estudiada esta última en relación con Marx. Ambos conceptos son utilizados en la sociología posterior pudiéndose distinguir sus enfoques atendiendo al modelo que, como instrumento analítico, aparezca en la explicación, bien el modelo-status, bien el modelo-clase.

El párrafo inicial del capítulo «status» muestra a las claras los procedimientos expositivos y críticos del autor, dejando a la par ver su filiación académica. Dice así: «La lechuza de Minerva —escribió Hegel— vuela en el crepúsculo». En ningún área sociológica resulta esta máxima más oportuna que en el estudio de la clase social. Fue preciso que las bases históricas y los fundamentos esenciales de la clase social se hicieran vagos e inciertos en la sociedad europea..., para que el estudio de la estratificación social se manifestara en todo su esplendor. La aguda distinción establecida a partir de Tocqueville entre clase social y status social es de capital importancia en los análisis sociológicos de la estratificación» (p. 7). Permitiéndose concluir, tras estudiar a Marx, y al ocuparse de Weber: «El resultado fue el mismo: el reemplazo gradual de la 'clase' por el 'status' como concepto clave en los estudios sobre la estratificación. Hoy, como concepto sociológico, la clase ha muerto» (p. 60).

S. Alvarez Turienzo

La nueva sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills, ed. por Irving L. Horowitz, tr. N. Mínguez y E. Franchi, II (Buenos Aires, Amorrortu, 1969) 280 pp.

Contiene este segundo volumen de la miscelánea-homenaje a Mills catorce colaboraciones. En ellas aparecen títulos como éstos: «Las fuentes sociales de la alineación», «Reforma, revolución y reacción», «La élite administrativa», «Retrato del hombre de transición», «La naciente sociología internacional»... Denominador común de los estudios es el enfoque crítico de los temas, así como la selección de los mismos que incide en zonas conflictivas de la problemática social. También puede considerarse rasgo común el traer a discusión algo más que una suma de datos en vistas a organizarlos científicamente; entran en cuenta los problemas humanos. De modo que el volumen en conjunto se ajusta, por su contenido, al título de «nueva sociología», en cuanto, en relación con el propio Wright Mills, el «métier» de sociólogo tiene un cometido más comprometido que el de elaborar sistemas teóricos alejados de la realidad o manipulaciones de laboratorio que se enredan entre datos. El espíritu de la obra de Mills se advierte de continuo presente en los diversos capítulos sus ideas. No obstante ello, las citas que remiten a su obra son constantes.

Colaboradores: M. B. Scott, E. H. Mizruchi, St. W. Rousseas y J. Farganis, S. M. Miller, R. D. Hopper, E. H. Powel, T. B. Bottomore, P. Worsley, G. Germani, R. A., Dentler y Ph. Cutright, W. McCord, P. Meadows, C. Pinto, B. Fox.

S. Alvarez Turienzo

Hanno Kesting, *Herrschaft und Knechtschaft. Die «soziale Frage» und ihre Lösungen* (Freiburg, Verlag Rombach, 1973) 104 pp.

La investigación sobre Hegel ha hecho notar la importancia de las ideas de aquel capítulo de la «Fenomenología del espíritu» que se ocupa del «señor y del siervo» en relación con el acceso a la autoconciencia». El autor hace ver que esta oposición la recoge Hegel de su medio cultural. Había sido elaborada por diferentes autores a lo largo del siglo XVIII, coincidiendo con el descubrimiento de «lo social como dimensión específica de la existencia humana», y constituyéndose en mito expresivo de las relaciones de conflicto-

básicas de la sociedad; el mito condensado en la relación señor-siervo dio concreción en forma esquemática y en términos de gran efecto persuasivo a la desde entonces en activo, «cuestión social».

Desarrolla en tres capítulos los planteamientos sucesivos que recibe esa cuestión, que pasa por la frase liberal en que se cumple la revolución burguesa entre 1789 y 1830, toma la forma de «cuestión obrera» y define la fase socialista en torno a la fecha de 1848, para ser frenado el impulso revolucionario por la burguesía en alianza con las fuerzas conservadoras y el Estado. En el siglo XX vuelve a repetirse ese proceso, pero a escala de una política mundial en la que se oponen el imperialismo y el bolchevismo en esfuerzo por superar el mito «señor-siervo» dentro de cada sistema y orillar con ello la fuente generadora del conflicto social. Pero la cuestión suscitada sigue en pie, y únicamente se ha desplazado en cuanto a sus centros de identificación. Kesting considera la alternativa ofrecida por el «estado social» y su consigna de «bienestar para todos».

Dentro de sus escasas dimensiones, el ensayo ofrece interesante información a la luz de un tema y dentro de una perspectiva que puede parecer marginal, pero que se revela iluminadora.

S. Alvarez Turienzo

Jean Piaget y las ciencias sociales (obra en colaboración) (Salamanca, Sígueme, 1974) 210 pp.

Los varios autores que colaboran en el libro son: Busimo, Goldmann, Cellier, Grize, Sinclair, Girod, Holmes; de ellos Cellier figura con dos capítulos. Se estudian las aportaciones de Piaget en relación con la sociología, la lingüística, el derecho y aspectos de la política; se considera su posición frente a la filosofía. Los escritos son bastantes desiguales en extensión. El mayor número de páginas corresponde al que examina las incidencias de la epistemología de Piaget en la fundamentación del derecho. El volumen incluye el catálogo bibliográfico de Piaget, añadiéndose en páginas separadas las obras de ese catálogo traducidas al castellano. Hay que mencionar la «autobiografía» del propio Piaget, redactada por él a otro propósito, pero que es agradecer se vea incluida aquí. También debe hacerse constar la «introducción», redactada por Miguel A. Quintanilla, y en la que se sumarizan las principales ideas sociológicas de nuestro autor, se indica el papel que esas ideas tienen en el conjunto de su obra y se las valora al menos en algunos de sus aspectos.

Bastaría ver las indicaciones hechas sobre el contenido de la obra para percatarse de que «las ciencias sociales» de que se habla en el título son genéricamente las ciencias del hombre, y que, a este respecto, el índice cubre algunos, nada más algunos, de los puntos de interés que podrían y merecerían ser tratados. Sobre el pensamiento propiamente sociológico del autor, pese a que ha tenido relativa importancia en su vida, no se nos ilustra con exceso en el volumen. Los mismos sociólogos de profesión se muestran reticentes a considerar a Piaget como del gremio; Busimo registra ese hecho (p. 217), aunque no este muy de acuerdo al respecto Girod (p. 86). Interesan las precisiones que en más de uno de los capítulos se ponen a «Sabiduría e ilusiones de la filosofía». La importancia que para la lógica de las ciencias humanas tiene su obra, así como el significado de sus doctrinas epistemológicas, son debidamente tomados en consideración.

Dada la extensión material y temática de los escritos de Piaget no puede esperarse que una obra de las características de la presente ponga a punto la investigación al respecto, una obra, aunque sensibilizadora de cuestiones particulares, deliberadamente no demasiado analítica. Su lectura con alcance introductorio será sin duda fructífera.

S. Alvarez Turienzo

A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Prólogo de E. E. Evans-Pritchard y Freg Eggan, tr. Angela Pérez (Barcelona, Edic. Península, 1972) 252 pp.

Radcliffe-Brown es un clásico de la investigación y teoría sociales, consiguiendo aunar, aunque cuidando de no mezclar, los estudios etnológicos con los de la antropología social. Como destacado representante de esta última materia es como se le conoce usualmente. Si otros antropólogos definen su ciencia por el estudio de la cultura, él prefiere hacerlo como «estudio de la sociedad». De hecho puede figurar con merecidos títulos entre los importantes de la sociología. Muchos de los conceptos teóricos elaborados por los antropólogos, y que él contribuyó a precisar y refinar, son de uso común en las ciencias sociales. Buen ejemplo de ello se encuentra en varios de los capítulos de esta obra; así en la «Introducción», cuyas catorce páginas se ocupan en determinar o definir algunos de los conceptos utilizados en el análisis que ofrecen otros de sus trabajos. Definiciones no universalmente compartidas, pero sí corrientes en la que se ha llamado «Escuela funcional de antropología social» de la que se le ha hecho también iniciador. Estos conceptos son los siguientes: Historia y teoría, proceso social, cultura, sistema social, estática y dinámica, evolución social, adaptación, estructura social, función social. De todos ellos, los más importantes en el caso son los que establece la distinción entre historia y teoría o, si se quiere, entre etnología y antropología social, y los relativos a función y estructuras sociales. A estos dos últimos se consagran sendos capítulos en la obra.

El original apareció en Londres en 1952. Sus primeras líneas definen exacta y sobriamente, según los usos literarios del autor, su contenido: «Los trabajos aquí reimpressos son trabajos ocasionales en el más amplio sentido de la palabra; cada uno de ellos fue escrito para una ocasión particular. Sin embargo, por haber sido escritos desde un punto de vista teórico particular, poseen cierta medida de unidad» (p. 9). Esa ocasionalidad no significa que se trate de páginas para salir del paso. Al contrario, suponen extraordinaria información sobre la vida de los más diferentes pueblos o grupos humanos, gran conocimiento de la literatura que ha discutido los mismos problemas y lúcida seguridad crítica para enjuiciar tanto los hechos como las aportaciones literarias en orden a organizar por su cuenta los unos y discutir las otras. Todo ello a través de gran claridad expositiva y rigor científico, propios de quien considera la antropología social «como una rama de las ciencias naturales» (p. 215).

La mayor parte de los capítulos versa sobre temas de especialidad, así por ejemplo: «El hermano de la madre en Africa del Sur»; «Sucesión patrilineal y sucesión matrilineal»; «Estudio de los sistemas de parentesco»; «Sobre las relaciones burlescas»; «La teoría sociológica del totemismo»; «Tabú»; «Religión y sociedad».

S. Alvarez Turienzo

A. E. Serrano *La Filosofía del Derecho, hoy. Textos básicos para su estudio*, ed. por ..., Biblioteca de Textos Filosóficos (Maracaibo-Venezuela, Universidad de Zulia, 1973) 404 pp.

Con una «nota previa» de presentación de diez líneas, es decir, lo más lacónicamente que puede darse, nos introduce el compilador de estos textos en su trabajo. Nos dice de él que, sin pretender haber suprimido todo lo que de preferencias personales haya en la selección, la muestra documental de literatura filosófico-jurídica que ofrece puede considerarse representativa del pluralismo reinante en nuestro siglo en este campo de estudios.

Puede juzgarlo el lector ante la enumeración que sigue y que responde al índice de autores tenidos en cuenta, con una obra para cada uno. Son los siguientes: Stammler, Kelsen, Yask, Radbruch, Mayer, Del Vecchio, Messner, Reinach, Schapp, Schreier, Cossio, Recasens Siches, Frank, Ross, Hart, Pound, Lévy-Bruhl. Diecisiete autoridades que, también escuetamente, se presentan por el apellido, sin añadir otra información que la correspondiente a la ficha del libro de que se toman los pasajes y que se da a pie de página en cada caso. Las obras extractadas son todas traducidas, y, salvo naturalmente los dos casos (Cossio y Recasens Siches, cuyos originales se escribieron en castellano) los textos se toman de las correspondientes traducciones.

Tal vez hubiera sido conveniente alguna breve presentación biográfica de cada autor con el sentido fundamental de su obra a título orientativo para el lector extraacadémico. El volumen está concebido sin embargo como antología escolar.

S. Alvarez Turienzo

Peter Winch, *Ethics and Action* (Londres, Routledge & Kegan Paul, 1972) VIII-232 pp.

Contiene diez ensayos sobre temas éticos, que pueden dividirse en dos partes. Hasta el capítulo quince tocan puntos que dicen relación con las condiciones sociales de la vida moral o también la significación social de la moralidad. En los restantes se atiende a la aplicación de los conceptos morales en la vida de los individuos.

La introducción, de siete páginas, adelanta las líneas de consideración que contribuyen a relacionar unos capítulos escritos en circunstancias diversas y que de hecho tratan objetos bastante dispares. He aquí algunos de los títulos: «Naturaleza y convención», «Naturaleza humana», «Hombre y sociedad en Hobbes y Rousseau», «Cómo trata Wittgenstein la voluntad», «La universalización de los juicios morales», «Integridad moral», etc.

El tema de cada uno de los capítulos es tratado en forma analítica en contacto con la reciente bibliografía al caso. Si bien predomina en la discusión la literatura reciente en lengua inglesa, no faltan otras fuentes clásicas de información, hasta Platón o Aristóteles. El autor más insistentemente discutido o citado es Wittgenstein. En conjunto estos ensayos se interesan por diversos aspectos de la acción humana investigando en qué medida esa acción puede ser entendida en términos éticos.

S. Alvarez Turienzo

Howard E. Kiefer y Milton K. Munitz, *Ethics and Social Justice* (Albany, State University of New York Press, 1970) XIV-336 pp.

Resultado de una reunión de filósofos celebrada en Nueva York entre 1967-1968 fue la publicación de varios volúmenes encargados de recoger las distintas intervenciones. El que nos concierne es el cuarto, ocupado de cuestiones prácticas, que dicen relación con la moral, la justicia, los derechos humanos, el derecho en general.

En un corto prefacio de Kiefer, uno de los editores, presenta el tema de conjunto y resume las aportaciones sustanciales de cada uno de los colaboradores. Estos desarrollan veinte capítulos, varios de ellos relacionados entre sí como ponente y replicante a una misma cuestión.

Ciertos títulos desarrollan el tema general de la filosofía práctica. En otros se somete a discusión el problema de la justicia. En un caso es objeto de estudio el valor. Es tratado el tópico de la ley en relación con Kelsen. Tres títulos se ocupan de la «desobediencia civil». Los cuatro últimos se centran en los derechos humanos. Como puede advertirse, el título del volumen, «Ética y justicia social», responde sólo aproximativamente al contenido del mismo. Por las páginas dedicadas a cada cuestión y por el interés de su desarrollo en relación con el problema ético, tienen especial interés dentro del volumen las cuestiones primeras de carácter más general orientadas a discutir qué sea la filosofía práctica; y también las cuestiones finales sobre los derechos del hombre.

S. Alvarez Turienzo

Paul Kági, *La génesis del materialismo histórico*, tr. Ulises Moulines (Barcelona, Ed. Península, 1974) 352 pp.

Paul Kági fue destacado representante del socialismo suizo, muerto en 1964. Intensamente ocupado en la vida activa en relación con los movimientos obreros, se interesó también por los problemas sociales teóricos. Esta obra, publicada póstumamente, es prueba de lo último.

En ella se intenta representar la personalidad intelectual de Marx y la génesis y estadios de maduración de su doctrina; relacionando su vida con el medio histórico en que se desarrolla y con las figuras del tiempo que influyen en sus ideas o de alguna manera provocan su exposición. «No se trata de una biografía de Marx, ni tampoco de una exposición de toda la obra de Karl Marx, sino de un intento de reexaminar y contemplar en su contexto la evolución, en los escritos de Karl Marx, de aquellas vías de pensamiento que hoy llamaríamos su concepción del mundo» (p. 19). Más que reexaminar y contemplar «la concepción materialista de la historia» del propio Marx, se insiste en describir el medio, motivaciones y discusiones en que se produce. El estudio se refiere al joven Marx y llega prácticamente sólo hasta la publicación del *Manifiesto comunista*, aunque suministren ideas directrices básicas las proposiciones contenidas en el prólogo de *Crítica de la economía política* (1859).

La imagen corrientemente presentada de Marx se mueve entre «espantajos e imágenes sagradas». En la introducción se citan como ejemplo las interpretaciones de Cornu, Borkenau y Thier, incompatibles entre sí. El propio Kági renuncia a presentar una versión que deshaga todos los equívocos. Tiende más bien a dar una base de datos que pueda resultar iluminadora

en orden a proseguir la investigación. Su escrito, al respecto, contiene abundante información, nunca agotada hasta el detalle, pero por lo común valiosa.

La obra comprende trece capítulos. En los cuatro primeros se examina la presencia de la filosofía alemana en la formación juvenil de Marx, sobre todo en relación primero con Hegel y después con Feuerbach. No se silencian otras figuras, como Ruge, los hermanos Bauer, Strauss. El capítulo quinto se centra en la pregunta de «cuándo se hizo Marx comunista», en el influjo de Hess y las ideas del socialismo francés. Los siguientes, hasta el octavo, se ocupan de la estancia de París, los acontecimientos de la historia del tiempo, sobre todo la Revolución, relaciones con los movimientos de ideas y proyectos personales correspondientes. En los siguientes la ocupación con la obra de Marx es más directa, empezando en el noveno por los *Manuscritos económico-filosóficos*, siguiendo con *La sagrada familia*, *La ideología alemana*, hasta el *Manifiesto comunista*.

Dentro de la bibliografía marxista tan abundante por un lado y tan meticulosa por otro al menos en muchos de los casos, no puede decirse que esta obra represente hito ninguno. Sin embargo destaca por estar elaborada con los pies muy bien puestos en el suelo de los hechos y por no dejar traslucir beaterías de ningún género en la presentación de Marx, que aparece como un hombre de su tiempo, que no trajo al mundo de nacimiento una revelación acabada en su cabeza, que aprendió mucho de sus antecesores y contemporáneos, que no siempre encontró, por lo menos al primer intento, las fórmulas claras y adecuadas para sus ideas.

S. Alvarez Turienzo

Karl Menninger, *El hombre contra sí mismo*, tr. Pedro Debrigodf (Barcelona, Ed. Península, 1972) 456 pp.

Traducción de la obra *Man Against Himself*, aparecida en edición original en 1938. Menninger, su autor, es una personalidad destacada en el campo de la psiquiatría en Estados Unidos.

En su estudio del hombre y las condiciones dramáticas de su existencia parte de las concepciones del último Freud, que mantuvo la existencia de un instinto de agresividad y destrucción asociado con el instinto de constructividad y de amor como estructura básica de la psique. El autor empieza por describir a grandes rasgos las situaciones humanas e históricas en que se denuncia en acción esa como malignidad inmanente a los procesos biopsicológicos, ofreciendo la varia morfología como hace su aparición en la vida de los hombres. Su obra «es un intento de sintetizar e impulsar en esa dirección las tareas iniciadas por Ferenczi, Groddeck, Jelliffe, White, Alexander, Simmel y otros que han aplicado consecuentemente estos principios al mejor entendimiento de la dolencia humana y a todos aquellos fracasos y capitulaciones que nos proponemos considerar como formas variantes de suicidio» (p. 6).

El libro se divide en cinco capítulos, de los cuales los cuatro primeros tratan de las formas como la demencia humana se traduce en «fracasos y capitulaciones», que van, desde el suicidio propiamente tal, desde quitarse la vida, a alguna de sus formas parciales o mitigadas: ascetismo y martirio, invalidez crónica y neurótica, alcoholismo, conducta antisocial, psicosis, automutilaciones, enfermedades fingidas o autoexplotación de las dolencias, poli-

cirugía, accidentes intencionados, impotencia y frigidez, enfermedades orgánicas... El capítulo final considera las técnicas clínicas y sociales al servicio de la reconstrucción.

A base de una nutrida información de casos concretos, analizada a la luz de los conocimientos psiquiátricos, pone en claro las motivaciones de ese mundo anómalo de respuestas orgánicas y psíquicas, haciendo ver cómo siempre, más allá de las explicaciones obvias, la verdadera aclaración de las conductas reside en factores subconscientes. El interés que este tipo de estudios tiene, no sólo para médicos y psicólogos sino para pedagogos, moralistas, juristas, sacerdotes..., es claro. De modo que el libro, inmediatamente teórico y enderezado a un mejor conocimiento del hombre, reviste amplio y variado interés práctico.

S. Alvarez Turienzo

Gerhard Ebeling, *Die zehn Gebote* (Tübingen, J. C. B. Mohr - Paul Siebeck, 1973) 234 pp.

Reproduce el texto de una serie de intervenciones predicadas por el conocido teólogo reformado en la ciudad de Zurich. Expone en ellas la doctrina de los «diez mandamientos», comentando los pasajes de Ex 20, 2 ss., sirviéndole los versículos bíblicos como lema de cada capítulo. La numeración sigue la que prevalece en la iglesia reformada y ortodoxa, figurando entre paréntesis la católica y luterana. Los diez capítulos expositivos van precedidos de un prólogo en que se da cuenta de la naturaleza del escrito, su contenido, su alcance y las deliberadas limitaciones del mismo. En dieciocho páginas, también introductorias, explica la razón de haberse ocupado de un tema que no figura precisamente entre los de más demanda entre auditores y lectores. Se prescinde en el desarrollo de todo aparato bibliográfico, así como de la información histórica. El contenido de la obra consta de «sermones» y como tales se le ofrecen al lector. Termina con un Apéndice litúrgico en el que se incluyen las peticiones y lecturas bíblicas del AT (para el NT se da sólo la referencia), que proporcionan el contexto de la celebración religiosa.

Páginas que no pretenden ser un comentario histórico, ni un compendio de ética, ni un catecismo para adultos, tiene mucho al menos de las dos últimas cosas. No parece en verdad un tema para solicitar el interés, ya que como ningún otro carece de novedad. Sin embargo, bajo las viejas rúbricas que enuncian los «diez mandamientos» se esconde la eterna problemática práctica de la humanidad. El autor se acerca a esa problemática en un tono que consigue invitar a la reflexión, esclareciendo las nuevas situaciones que nos conciernen a la luz de unas exigencias morales permanentes.

S. Alvarez Turienzo

Paul Chauchard, *Fuerza y sensatez del deseo. Análisis del eros*, trad. de María Colom (Barcelona, Herder, 1972) 173 pp.

A esta obra del conocido biólogo y psicólogo, P. Chauchard, le basta el título y parece más bien redundante el subtítulo. Para el que conozca la inmensa literatura sobre el *eros*, tiene que constatar que en esta obra apenas se roza esta vertiente de nuestra cultura. El libro se limita a exponer el tema del *deseo* desde sus diversas perspectivas. *Biológica* en primer término, pues se estudia el deseo primeramente en relación con la constitución somática, especialmente cerebral. *Psicológica* en segundo término, en la que

se analizan los deseos fundamentales humanos, como el de vivir, el de descanso y actividad, el de afirmación y enfrentamiento, el de expansión sexual, etc... *Filosófica*, finalmente, con el examen de las conexiones de nuestros deseos con la vida de comunidad y con la apertura al mundo que nos rodea. Culminan estos análisis con reflexiones muy pertinentes sobre nuestros deseos más espirituales: deseo de igualdad, libertad y fraternidad; deseo de esperar y comprender; deseo de creer y de amar; deseo de pureza y sensatez; deseo de inmortalidad.

En medio de tanta literatura desorientadora sobre el tema nos place constatar que el libro está impregnado de sensatez y buen sentido. Desde este punto de vista merece plena aceptación. Pero por lo que toca a su nivel científico hay que constatar que no se eleva sobre el plano de una docta divulgación de temas ya conocidos. No vemos, por lo mismo, la necesidad, ni siquiera la utilidad, de estas traducciones que vienen a ser fronda lujuriante que impiden la génesis y el desarrollo de nuestras propias iniciativas científicas y culturales.

E. Rivera de Ventosa

Henri Arvón, *Bakunin. Absoluto y revolución*, trad. de A. Gil Lasierra (Barcelona, Herder, 1972) 113 pp.

El anarquismo, como ideología, nunca ha sido un sistema ampliamente aceptado en filosofía. Pese a ello se le advierte como telón de fondo en muchas de las ideologías vigentes en el último siglo y medio. De aquí su interés para el historiador de las ideas del mundo de hoy. El libro de A. Arvon nos ofrece la silueta ideológica de uno de los más significados entre los sistematizadores de la doctrina anarquista, el ruso Bakunin.

En lucha con los esclavófilos de su patria —lamentablemente esto no se tiene en cuenta en el estudio de H. Arvon— se forma en la filosofía del idealismo alemán, como es de ley en la llamada «*intelligentzia*» rusa. Pero esta formación no motiva simpatía alguna hacia esta ideología, exaltadora del Absoluto. Al contrario; para Bakunin el Absoluto en cualquiera de sus formas es siempre el signo y la causa de la opresión y la tiranía. Es el obstáculo que hay que superar en la lucha por la libertad del hombre, que es el supremo bien. Este bien, por otra parte, sólo se puede conseguir por la revolución comunitaria. Esta debe hacer sentir a las masas que ha llegado definitivamente la hora de su liberación.

Pocas veces en la historia de las ideas se ha defendido un ateísmo tan consciente y decidido como el de Bakunin. Si bien en este caso habría que hablar mejor de *anti-teísmo*. A Dios no solamente se le niega. Se le combate por llevar en su misma noción el signo de la esclavitud humana.

Pese a esta declaración de guerra a la divinidad, su fundamento filosófico es tan lábil que H. Arvon lo resume en una lamentable confusión entre *autoritarismo* y *teísmo*. A lo largo de la historia los abusos de la autoridad han sido enormes. No en último lugar en su propia patria, la Rusia de Iván el Terrible y de los zares. El pensador anarquista ha visto en Dios un apoyo y sostén de todo régimen autocrático. Por lo mismo, al combatir con idealismo y con saña este régimen, una lógica elemental le indujo a combatir con igual celo la idea de Dios. H. Arvon hace ver en su libro la inconsistencia de este razonamiento.

E. Rivera de Ventosa

Peter Winch, *Ciencia social y filosofía* (Buenos Aires, Amorrortu, 1972)
135 pp.

Curioso y apasionante pequeño gran libro. Veamos por qué. El problema que tenemos planteado es grave. ¿Cómo es posible que nos salga la ciencia social? Las ciencias naturales, por el contrario, están ahí. Desde Stuart Mill el máximo empeño de sociólogos, psicólogos, politicólogos, etc., ha sido el de «constituirse» su parcela del saber en ciencia. Por supuesto, en imitación de las ciencias naturales. Pero, ¿es esto posible? ¿Es tal cosa justa? ¿No abortaremos en su raíz aquello mismo que, precisamente, queremos estudiar «científicamente»? Las ciencias sociales responden a la misma «lógica» que la de las ciencias naturales, como pléyades de gentes nos lo dicen hasta hoy? He ahí el problema esquemáticamente expuesto.

Se ha dicho que la respuesta debe darse del modo siguiente: estudiar los fenómenos empíricamente y, luego, examinando detenidamente las regularidades, buscar leyes de recurrencia. Pero, según Winch, el problema no es empírico, como esa respuesta tan común señala, sino que es conceptual. No puede verse con profundidad si no es mediante el análisis filosófico, el que en este libro nos interesa presentar. Será este análisis quien nos pondrá de manifiesto qué es lo que tiene sentido decir. El mundo de las relaciones humanas individuales y, aún más, el ámbito de la sociedad son tan complejos que los conceptos a utilizar en las ciencias sociales no solamente son lógicamente más complejos que los utilizados en el estudio de los fenómenos de las ciencias naturales, sino que puede decirse, como cuando los hegelianos hablan de la «ley de la transformación de la cantidad en calidad», que se nos da una diferencia de clase. Porque, no basta con «detectar regularidades». Cada una de ellas hace referencia a un contexto y viene impuesta por reglas. Para colmo, las reglas no son sino reglas establecidas en una sociedad dada, sin sentido o con un sentido diverso en otros contextos societarios. La ciencia, la de las ciencias naturales, está tan fuertemente embebida por su propia forma de hacer inteligibles las cosas, que tiende a excluir todas las demás formas de inteligibilidad, sea esta la del arte, la de la religión o, también —lo que nos plantea nuestro problema en toda su gran crudeza— la del estudio del hombre en sociedad. Cuando lo observado son «cosas» físicas, no se presenta la dificultad que nos aparece con las «cosas» sociales o intelectuales. Estas últimas dependen completamente de su pertenencia a un sistema de ideas o a un modo de vida determinado. Quitarles de ahí es condenarse a no comprender nunca tales «cosas» sociales, o, lo que es lo mismo, a imposibilitarse para aprehender la peculiaridad o el significado de lo que se está haciendo o diciendo.

Pero, ¿desde dónde enfrentarse a tales problemas? Desde la filosofía. Será la filosofía —adecuada— la que nos dará respuesta a los interrogantes planteados hasta el momento. Precisamente quien consigue dar bases filosóficas a lo hasta ahora apuntado es Wittgenstein, el de las *Investigaciones filosóficas*. Las reglas que nos guían y su significado dependen lógicamente de la interacción social de los hombres; la existencia misma de esos conceptos depende de la vida del grupo. Será discutible, quizá, este entronque y solución que Winch nos ofrece, pero de lo que ninguna duda cabe es de que su libro —escrito originalmente en 1958— guarda toda su frescura y todo su enorme interés para quienes se preocupan de los fundamentos de las ciencias sociales.

Alfonso Pérez de Laborda

N. Hepp, *Neue Gemeindemodelle* (Wien - Freiburg - Basel, Herder, 1971) 309 pp.

El carácter dinámico de la sociedad actual exige de las instituciones un alto grado de flexibilidad, de reflexión constante, de nuevas orientaciones, de imaginación y de pensamiento creador. Para responder a estas exigencias de la época no faltan experiencias de nuevas formas de convivencia dentro de la comunidad cristiana. El libro de N. Hepp informa sobre 15 modelos diversos de comunidad que abarcan en la geografía desde la parroquia de la Machstrasse en Viena hasta la de San Miguelito en los suburbios de la ciudad de Panamá. Comunidades sacerdotales, estudiantiles, parroquiales, católicas, protestantes, nos ofrecen una variada información de sus experiencias.

A los informes precede una introducción histórica de P. Stockmeier sobre la comunidad en los primeros siglos del cristianismo. Considera la historia de la Iglesia como el esfuerzo de cada generación de fieles por crear una expresión de la Iglesia adecuada a los tiempos y desde este punto de vista muestra la variabilidad y abundancia de modelos comunitarios que dominaron los primeros siglos. La historia aparece no sólo como ilustración sino también como estímulo para nuevas formas de comunidad cristiana.

Los diversos informes están redactados por miembros o colaboradores de las comunidades y llevan el sello individual de cada autor. La mayor parte tienen un marcado carácter teológico. Sólo en dos casos los autores poseen una formación en dinámica de grupos e intentan informar sobre el modo de comunicación y de acción entre los miembros y grupos de su comunidad, sobre el estilo de mando predominantemente y sobre la significación para el individuo de su identificación con la comunidad.

La abundancia de información sobre las diversas comunidades podría desorientar al lector. Para ayudarlo a prescindir de detalles sin importancia y a retener las estructuras fundamentales, N. Hepp ha desarrollado al final del libro cuatro modelos fundamentales en los que pueden encuadrarse las 15 comunidades. Aunque estos modelos están planteados fundamentalmente desde la dinámica de grupos, detrás de cada uno hay una determinada teología.

En resumen, una abundante información desde la base, que en algún caso provocará contradicción, en otros animará a imitar o a experimentar y en todo caso incitará a la reflexión.

Javier Calvo.

Varios autores, *Miscelánea en Honor de Juan Becerril y Antón-Miralles* dirigida por Horacio Santiago Otero I-II (Madrid, Revista de Occidente, 1974) xxvi-668 y 606 pp.

Presentar el personaje homenajeado con esta colección de estudios a quienes ya lo conocen es tarea superflua. Darlo a conocer a los demás es harto difícil, debido al carácter verdaderamente polifacético de su personalidad. En realidad, tal vez no sean muchas las personas cultas que no tengan noticia de alguna de las actividades de Juan Becerril, que se ha venido distinguiendo como jurista, conferenciante, poeta, ensayista, deportista, etc., ostentando cargos y honores como el de académico de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, Presidente de la IV Sala del Tribunal Supremo. Todas estas y otras facetas aparecen descritas por varios de sus amigos y admiradores al principio del primer volumen de esta *Miscelánea*. El primero de los

dos tomos de que consta, recoge, aparte de las colaboraciones aludidas y otras piezas proemiales de rigor en estos casos, 24 colaboraciones de carácter jurídico. Dichos trabajos cubren una temática tan amplia y variada que va desde el derecho de Roma a finales de la República hasta la concepción marxista del derecho, desde Inocencio III hasta los más variados temas de derecho español, pasando por los temas generales filosófico-jurídicos y por el proyecto de Ley Fundamental de la Iglesia en la actual revisión del ordenamiento canónico. En el segundo tomo se agrupan 30 artículos más relacionados con el tema de esta revista, por lo que daré una indicación más pormenorizada de los mismos, que consistirá en su simple enumeración. Descender a más detalles excedería de todo punto el espacio normalmente previsto para una reseña. He aquí los autores y títulos de estas 30 colaboraciones: 'Constitución de la autoconciencia y dialéctica del amo y del esclavo en Hegel' (M. Alvarez de Reyero y Gómez), 'Hombre, libertad, espíritu' (J. M. de Areilza y Martínez de Rodas), 'Communio: Theologische Reflexionen über die Grundgestalt der Kirchenverfassung' (W. Aymans), 'El hombre entre su equilibrio y el espacio' (A. Azoy Castané), 'Poder, autoridad, servicio' (G. Barceló Matutano), 'El Califato de Córdoba y el castillo de Huerca-Overa' (J. Barrionuevo), 'La pregunta sobre Dios desde la explicitación de la experiencia humana' (F. Blázquez Carmona), 'Laien auf der Kanzel; ein gegenwartsproblem im Licht der Kirchengeschichte' (W. Brandmüller), 'En el centenario de la restauración' (J. A. Cánovas del Castillo y Fraile), 'Derechas e izquierdas en una sociedad desarrollada' (M. Cantarero del Castillo), 'La opinión pública en la Iglesia' (A. de Castro Albarrán), 'Ejemplos del Cid Campeador' (A. Castro Villacañas), 'Nueva estructura de la remuneración del trabajo' (F. Cifuentes González), 'Struttura sinodale o democratica della chiesa particolare?' (E. Corecco), 'Cercando al Barroco en un retrato del Lazarillo' (J. Entrambasaguas y Peña), Poliantea (R. Fernández-Núñez), 'La nueva situación de la mujer en la sociedad' (M. Fraga Iribarne), 'La Real Sociedad Económica Matritense de amigos del país; páginas de una gloriosa historia' (J. L. García Brocara), 'Carta' (A. Garrigues Díaz-Cañabate), 'Guerra y paz; dos recuerdos históricos' (J. M. Gil Robles), 'Tradición, lealtad y amistad' (E. Gil de Santivañes), 'Jesús de Nazareth; significación teológica y antropológica de su existencia histórica' (O. González de Cardedal), 'Proyección escatológica de la *Gaudium et spes*' (A. Huerga Teruelo), 'Crisis en la práctica tradicional de la medicina' (G. Marañón Moya), 'Los derechos humanos' (J. Martín Artajo), 'La sociedad española de radiología' (P. Melendo Abad), 'El conde, el jabalí y el hermitaño; episodio del poema de Fernán González' (J. Pérez de Urbel), 'La historia literaria de los humanistas' (P. Sáinz Rodríguez), 'Acardo de San Víctor; un aspecto de su visión cristológica' (H. Santiago Otero).

Un reparto tan numeroso de autores constituye un firmamento con astros de todas las magnitudes, que demuestra sin duda el gran poder de convocatoria del homenajeado en los más variados niveles culturales y sociales. No todas las colaboraciones son ni pretenden ser del mismo nivel científico. Hay autores que enviaron a esta *Miscelánea* las primicias de alguna valiosa investigación y que revisten, por consiguiente, un alto interés científico. También hay colaboraciones que sólo intentan dedicar unas páginas llenas de admiración y estima al homenajeado. En conjunto, resulta un interesante y amplio serial de estudios sobre temas humanísticos, que no pasará desapercibido para los lectores interesados por las ciencias del hombre.

Antonio García y García